Occupatio Apis

FERMÍN CAMACHO DE LOS RÍOS

De los modos de adquirir la propiedad, con motivo de la distinción entre las diversas categorías de cosas, nos informa Gayo en el Lib. II de sus Instituciones.

Como sabemos, Gayo indica que las *res Mancipi* se transmiten por *mancipatio* e *in iure cessio*, mientras las *res nec Mancipi* se traspasan mediante *traditio*; y en una obra también atribuida a Gayo, los *Libri rerum cottidianarum*¹ reflejada en D.41, 1, 1pr, se nos indica, que existen dos grandes sistemas de adquisición de la propiedad; o a través del *ius gentium* o bien según el *ius civile*, excluyendo este último a los extranjeros del *Dominium ex iure Quiritum*.

La distinción antes aludida es la única que hallamos en las fuentes. La otra, ampliamente tratada por los juristas modernos, entre modos de adquirir a título originario y a título derivativo es, según De Francis-
ci,² desconocida para los romanos.

Originaria es la adquisición por la que se llega a ser titular de un derecho que antes no pertenecía a nadie, mientras que en los modos de-
derivativos se produce una sucesión a título particular en un derecho que
antes pertenecía a otro. De aquí que esta segunda categoría lleve implí-
cita, necesariamente, una relación entre el transmitente y el adquirente.

Dentro de los modos de la adquisición a título originario, la *occu-
patio* (que deriva de *capere* = aferrarse) se configura,³ nos indica Vo-
ci,⁴ cómo el modo más antiguo y principal de adquirir la propiedad.
Esto ya nos lo recuerda Gayo en Inst.IV.16,⁵ así como D.41,1,1pr. y
en las Inst. II,1.11.

De aquí que la idea de ocupación, como advierte Volterra,⁶ aparte de rebasar con mucho las fronteras del Derecho Privado, ha sido con frecuencia utilizada, por su amplio respaldo filosófico, en disputas ideológicas bien para proteger la propiedad privada frente a las corrientes colectivistas, bien como teoría útil para explicar el fundamento mismo del derecho de propiedad.

La *occupatio* podría definirse, como la aprehensión de una cosa que no pertenece a nadie (*res nullius*) con la intención de retenerla para sí como propia.

Según Gayo (D.41,1,3) *quod enim nullius est, id rationi naturali occupanti conceditur*. Estas palabras, casi literalmente repetidas —en relación con la *occupatio* de animales salvajes— por un párrafo de las Instituciones (Inst. II,1,12), han constituido, en lo sucesivo, la base de una noción que se ha mantenido inalterable hasta nuestros días.

En la práctica, para que la *occupatio* lleve consigo la adquisición de la propiedad, exige el concurso de tres requisitos:

a) *La idoneidad de la cosa para ser adquirida de tal modo*. En términos absolutos, no podemos establecer una identidad entre *res nullius* y *res ocupable*, al menos para el Derecho Clásico. Sin embargo sabemos que en las escuelas postclásicas se fue afirmando paulatinamente, gracias a tendencias fundamentalmente de índole iusnaturalistas, la nueva concepción de las *res nullius* como cosas susceptibles de apropiación por el primero que las ocupe.

b) *La aprehensión de la cosa*. Quizá sea preferible hablar de aprehensión, como hace Volterra,⁷ en lugar de la *possessio* comunmente utilizada, para indicar la necesaria y directa relación material del sujeto adquirente y la *res ocupable*. En efecto, una vez que tiene lugar la aprehensión de la cosa, con la específica intención de retenerla como propia, se perfecciona su adquisición, sin que podamos localizar ningún período intermedio cualificado como *possessio*.

c) *Intención de retenerla para sí*. No es necesario, que se tenga la intención contemporánea de convertirse en propietario. Inicialmente, es irrelevante que el sujeto que aprehende la cosa, conozca el efecto ju-

rídico de tal acto, el de adquirir la propiedad. La adquiere en todo caso, salvo, como en cualquier tipo de adquisición, aquel que no tiene capacidad jurídica suficiente para realizar válidamente dicho acto.

En este sentido, resulta necesario determinar el objeto de la *occupatio*. Para concretar qué cosas pueden ser adquiridas a través de la misma, se debe tener bien presente qué consideraban los juristas romanos como *res nullius*.

Está pacíficamente adoptado por la doctrina, así como corroborado por las fuentes, que estas, las *res nullius*, son consideradas generalmente como aquellas *res* que, en el momento actual, no se incluyen dentro del patrimonio de ningún sujeto.

Tradicionalmente, se indican que son susceptibles de ocupación todas las *res nullius*. En otros términos, las cosas que no tienen un propietario o, en ciertos casos, aquellas que se encuentran abandonadas (*res derelictae*).⁸ Sin embargo, del examen de las fuentes, en torno a las diferentes categorías de *res*, se comprueba el error de identificar plenamente *res nullius* con *res* ocupable, equívoco procedente, probablemente, de la poca afortunada redacción de D.41, 1, 3 (Gayo II, *res cott*). *Quod enim nullius est, id ratione naturali occupanti conceditur*.

En atención a la dificultad de identificar *res nullius* y *res* ocupable se han preocupado y se preocupan numerosos romanistas.⁹ Estos, ante los datos de las fuentes, han comprobado la dificultad de hacer esta absoluta y plena homologación.

Que todas las *res* definidas como *nullius* son adquiridas a través de la *occupatio* es, en efecto, una afirmación inexacta, al menos para el Derecho Clásico. Baste considerar, en primer lugar, el caso de la *res hereditae* antes de la *adittio*, para comprobar cómo las fuentes (Gayo II, 9 y D.1,8,1 pr), aunque la consideran una *res nullius in bonis*, descartaban explícitamente su adquisición a través de la *occupatio*. Para la adquisición de su dominio, era necesaria su posesión anual, situación fáctica que haría fructificar la *usucapio pro heredere*.

Junto a estas *res hereditae*, las fuentes consideran también como *res nullius* a las *res divini iuris* en D.1,8,6,2 y a las *res publicae* en D.1,8,1

pr. Aunque, como cosas restringidas al tráfico comercial y a la estricta propiedad particular, sabemos con certeza, que ninguna de ellas era susceptible de ser adquirida a través de la *occupatio*.

En definitiva, a través del análisis de los textos, encontramos, como nos indica Voci,¹⁰ las cosas susceptibles de *occupatio*, indudablemente *res nullius*, junto a otras categorías de *res* —las *divini iuris* o las *res publicae*— que, aun siendo consideradas por estas mismas fuentes *res nullius*, no son sin embargo susceptibles de ser adquiridas a través de la *occupatio*.

De aquí que nos parezca infundada la posición tradicional que, estudiando sobre la base de un concepto probablemente dogmático y post-clásico, establecía, en términos absolutos, una plena identidad entre *res nullius* y *res* ocupable.

Al menos para la jurisprudencia clásica, el concepto de *res nullius* no coincide con aquel de cosa ocupable, aunque pudiera asumir el significado más genérico de cosa que, desde un punto de vista privatístico, no tiene en la actualidad un *dominus*.

Dentro de la categoría de *res nullius* (o más exactamente *res* susceptibles de ocupación) las fuentes nos informan de seis supuestos básicos de *occupatio*:

Insula in mari nata. La isla nacida en el mar, al no tener dueño efectivo anterior, se hace propiedad del primero que la ocupe. Junto a esta *Insula in mari nata* también son consideradas *res nullius* susceptibles de *occupatio* las piedras, gemas y perlas encontradas en la orilla del mar que se hacen del primero que las aprehenda.

Insula in flumine nata. La isla nacida en el río obliga a distinguir, según los juristas clásicos, si el río era público o privado. Si era público y los fundos estaban limitados, la isla podía ser ocupada por cualquiera; mientras que si los fundos no estaban limitados la isla accedía a los predios ribereños. Si el río era privado, accedía a la propiedad del fundo correspondiente.

Res hostium. Podía adquirirse, a través de la ocupación, la propiedad de las cosas pertenecientes al enemigo o a poblaciones con las que

Roma no tenía tratados internacionales, y que por ende sus súbditos no tenían protección jurídica alguna. Esta regulación, se aplicaba igualmente en contra de los ciudadanos romanos. Si una cosa, propiedad de un ciudadano romano, caía en manos de un extranjero sin tratados, se consideraba que esta *res* se había convertido en *res nullius* y sobre ella había cesado todo tipo de propiedad.

Las *res derelictae*. Estas suponen una actividad o comportamiento del *dominus* que, de modo expreso o implícitamente, revela una voluntad de abandonar la propiedad de las mismas. Distinta es la situación de las cosas simplemente perdidas, donde el dueño no tiene un *animus derelinquendi*, esto es, intención precisa y expresa de renunciar a su propiedad.

Según el Derecho Justiniano —recordando la opinión de Sabino y Casio— el dominio se pierde en el momento mismo del abandono. Solución bien distinta de la que parece defendía Proculo, quien sostenía que hasta que alguien no se apoderaba de la cosa, el dominio del dueño anterior no se extinguía.

Algunos tratadistas modernos, Bonfante¹¹ y Silvio Romano,¹² no consideran que las *res derelictae* admitieran la *occupatio* sin una *traditio* o entrega a persona indefinida, sin embargo no podemos ignorar que en el Bajo Imperio existía una modalidad especial del *occupatio*, la ocupación del *ager desertus*, que chocaba con este supuesto principio. Si alguien tomaba en posesión y cultivaba un fundo abandonado por su dueño, y transcurrían dos años en tal estado, no se admitía la acción reivindicatoria del dueño negligente. Así como otra Constitución también estableció que, si el dueño de un fundo abandonaba éste, manifestando no poder pagar los tributos, previo un requerimiento con un plazo de seis meses, la finca se hace propiedad de cualquiera que, comprometiéndose a pagar los tributos devengados, se apodere de la misma.

Veamos ahora la caza y la pesca. Está generalmente admitido que tanto la una como la otra, han constituido unas de las primeras formas de propiedad. En este sentido, el paso de la caza a la cría de ganado, es la base sobre la que con frecuencia se justifica el incremento de la

propiedad individual frente al declive del orden comunitario primitivo, típico de la antigua sociedad gentilicia.

Como principio general, el cazador adquiere la propiedad del animal abatido o simplemente capturado. No cualquier animal, debe ser uno que viva en estado de libertad natural —*naturalis libertas*—. Los animales domésticos no pueden ser ocupados, aun hayan huído de la custodia de su dueño. Sólo una salvedad: son ocupables los domesticados que han huído de la custodia de su dueño y perdido, a su vez, el *animus revertendi* (D.41,1,5,2-6).

Entre este tipo de *res*, que viven a su libre albedrío, se encuentran las *ferae bestiae*, es decir, los animales salvajes que no se encuentran *sub custodia aliena*. En otras palabras, aquellos que no estando confinados pueden moverse a su arbitrio, en definitiva que gozan de *naturalis libertas*.

En las fuentes, como nos recuerda Lombardi,¹³ podemos encontrar abundantes referencias a estos animales en dos acepciones bien diferentes que en ocasiones se confunden.

Un primer sentido, los animales salvajes, desde una perspectiva amplia y genérica, son tanto los fieros *ferae bestiae* como los amansados *mansuefactae*. Y un segundo significado, mucho más estricto y específico, comprendería únicamente a los salvajes con exclusión de los amansados.

En realidad debemos observar que el planteamiento es un tanto ficticio. La naturaleza original de los animales amansados es en general también salvaje aun cuando han sido enseñados a retornar.

En todo caso, como se deduce del mismo término *mansuefactus*, todos los animales amansados son de naturaleza salvaje (de lo contrario no sería necesario su adiestramiento) y continúan teniendo, si quiera de forma latente, esa naturaleza salvaje aún después de haber sido domesticados. Estos, los amansados, se diferencian de los estrictamente salvajes sólo en el *animus revertendis* —*habitus revertendis*, término que creemos más preciso—,¹⁴ único requisito necesario para que no sean ocupados por terceros; apenas pierden el hábito de ir y volver, reco-

bran su naturaleza salvaje que nunca perdieron. En otras palabras, son salvajes por naturaleza y amansados por el hábito.

Para mayor precisión, como advierte Lombardi,¹⁵ la distinción entre *ferae bestiae* y *bestiae mansuefactae* se debe contemplar desde una vertiente estrictamente jurídica: los salvajes son objeto de apropiación por el primero que los ocupe, excepto si se les enseña a ir y volver; mientras conserven este *animus revertendi* no pueden ser ocupados, perdido el hábito son de nuevo apropiables por el primero que los aprehenda.

Antes de entrar a analizar si las abejas son consideradas en las fuentes como animales salvajes o amansados, es imprescindible poner de relieve que el problema jurídico que plantean las abejas deriva de las leyes naturales que informan su comportamiento y se centran sobre el enjambre como comunidad.

A este tenor serán útiles algunas precisiones, unas sobre el comportamiento antes aludido, otras terminológicas.

Como nos recuerda Liñán y Heredia, los antiguos autores dedicaban a la apicultura los más minuciosos esfuerzos, y estudiaron, hasta en sus mínimos detalles, las costumbres de estos peculiares insectos. Escritores como Plinio en su *Historia Natural* XI y XXI, 14; Aristóteles *Historia Animal* V, 18 y IX, 27; Varron *De re rus.* III, 16; Virgilio *Geórgicas* IV 35; Diógenes Laertio V, 13, 44, se han ocupado de la apicultura coincidiendo todos en la importancia de las abejas. En efecto, las colmenas tenían en la antigüedad más importancia que hoy en día, ya que la miel reemplazaba al azúcar y la cera era un producto muy buscado y apreciado para una extensa variedad de utilidades y aplicaciones.

Las colmenas debían ser emplazadas en lugares abrigados, imitando a las naturales que se encuentran en los huecos de los árboles y en las oquedades de las rocas. Algunas veces las colmenas (que se denominan en los textos latinos como *apiarium*, *albeare* y *mellarium*) se construían generalmente en una sola pieza, en ladrillo o en barro, aunque como nos indican Virgilio en *Geórgicas* IV, 34; así como Hesiodo *Theog.* 594; y Varron *De re rustica* Lib. IX Columella *De re rustica* IX y Palladius Lib. VII se preferían las colmenas móviles fabricadas en madera,

corcho, bien en junco trenzado o simplemente a través de paja prensada con tierra.

De aquí que no asombre que colmenas similares a las actuales aparezcan en un bajo relieve romano;¹⁶ incluso bajo el Imperio, como nos informa Plinio XXI, 47, se fabricaron algunas colmenas en piedra de talco, material que permitía, como en nuestras modernas de vidrio, observar el interior. Ya en Pompeya,¹⁷ se descubrió una colmena en metal el exterior y el interior dividido por bateas (denominadas por los romanos *fori*), la miel se recogía dos o tres veces al año, y como nos indican tanto Plinio IX, 15, como Aristophanes Eq. 797 había colmenas que hasta producían cinco mil libras de miel por temporada.

Los antiguos atribuían a Aristeo el arte de la cría de las abejas. Para él este insecto era el emblema de la elocuencia, según Cicerón *De div.* I,33 algunas abejas se habían posado en los labios de Platón y Pindaro.

La abeja era también el símbolo de un estado bien organizado, el emblema de la fundación de las colonias, así como el atributo de Diana de Ceres y alguna vez de Júpiter; figuraba también en muchas monedas de la antigüedad de Efeso, Mirna y Eritrea.

La *occupatio*, más específicamente el clásico supuesto de la *occupatio* del enjambre, es tema que, aún dentro su aparente futilidad sustantiva, tiene una longeva y completa regulación normativa.

Recordemos que la miel era un producto caro, no demasiado abundante, y frecuentemente usado por los romanos, muy aficionados a mezclarla con vino —mezcla que se denomina *mulsum*. Planteándose la cuestión de si se trataba de una *confussio*, o más bien de una especificación, Ulpiano en D. 6,1,5,¹⁸ resuelve el problema en este segundo sentido, atribuyendo la propiedad de la nueva especie al especificador.

Respecto a si las abejas debían considerarse como animales salvajes o amansados no siempre se ha encontrado una decisión unánime. Aún más, Gayo en Inst.II, 68 las sitúa entre los amansados: *In his autem animalibus, quae ex consuetudine abire et redire solent, veluti columbis et apibus, item cervis*, mientras que Justiniano Inst.II,1,14, si bien las incluye entre los animales que tienen *animus revertendi*, sostiene expre-

samente que tienen naturaleza salvaje: *nan et apes idem faciunt, quarum constant feram esse naturam*. Parece claro que el Emperador intentó seguir una opinión conciliadora apreciando que aunque las abejas son de naturaleza salvaje, tienen, sin embargo, ciertas características similares con los amansados —el *animus revertendi*—.

Dentro de estas divergencias nace la discusión sobre la naturaleza salvaje o doméstica de las abejas: en auxilio de esta cuestión podemos contemplar un texto de la *Collatio*, el 12, 7, 10, donde, como nos advierte Ortega Carrillo de Albornoz,¹⁹ se distinguen dos posturas bien diferenciadas: de un lado Proculo consideraba a las abejas como *ferae*, sostenía que con su fuga volvían a ser consideradas *res nullius* y, en consecuencia, apropiables por cualquiera que las ocupe; mientras que por otro Celso mantenía una consideración bien diversa, estimando que al tener *animus revertendi*, jurídicamente debían ser consideradas como *mansuetae*. La opinión que parece prevaleció fue la de Celso, postura que fue seguida por Pomponio D.41,2,2,16²⁰ y D.47,2,26²¹ así como por Ulpiano D.9,2,27,12²² y D.10,2,8,1.²³

De todas formas estos criterios son más teóricos que prácticos. En las fuentes se reitera que estos animales no son ocupables mientras conservan el hábito de volver *animus revertendis*, pero cuando pierden este *animus* vuelven a ser *res nullius* y ocupables por cualquiera. Criterio más teórico que real, ya que podía dar lugar a dudas o dificultades sobre la propiedad del animal aprehendido o capturado lejos del punto al que tenía instinto de volver.

¿Qué ocurriría cuando alguien se apropiaba, actuando de buena fe, de estos animales que no se distinguen de los salvajes cuando se encuentran en libertad natural? ¿Podía ser acusado de hurto por el propietario aunque no existiese el *animus lucrificienti*?

Los juriconsultos se plantearon estas cuestiones al tratar específicamente de las abejas. Observando las fuentes, Gayo en los fragmentos que se le atribuyen en D.41,1,5,3 indicaba: *favor quoque si quos hae facierunt sine furto quilibet possidere potest*, este era el criterio clásico;²⁴ el D.47,2,26 pr. es aún más explícito:

Si apes ferae in arbore fundi tui apes facerint, si quis eas, vel favum abstulerit, eum non teneri tibi furti, quia non fuerint tuae; easque constat captarum terra, mari, coelo numero esse.

Según esta interpretación gayana no se considera que el nuevo sujeto que aprehende el enjambre cometa *furto* al contemplar al mismo como una *res nullius* plenamente susceptible de *occupatio*.

Frente a esta consideración encontramos a Paulo que, en D.41,2,3,16,²⁵ consideraba a las abejas como animales *mansuetae*. De aquí que su solución, más acorde creemos con la realidad es, que si bien las abejas deben ser considerables *mansuetae*, sin embargo, pueden ser apropiadas por cualquiera cuando se trata de enjambres estrictamente salvajes que sólo eventualmente se encuentran en un determinado fundo.

En la práctica, las abejas capturadas fuera de sus panales por quien actúe de buena fe serán propiedad de éste cuando el anterior propietario haya perdido, en un sentido real y factico, su disposición material (base que autorizara la nueva *ocupatio* por un tercero). En otras palabras, cuando éstas pierden el hábito de volver (*animus revertendi*) o, como indica Gayo en D.41,1,5 pr.,²⁶ cuando se ponen fuera del alcance de nuestros ojos o, estando a la vista, resulta lógica y materialmente difícil o imposible su persecución. Esta solución la reiteraba el mismo Gayo en D.41,1,5,4: el enjambre que hubiera salido volando libremente de nuestra colmena se entiende que es nuestro en tanto sigue a nuestra vista y no resulta difícil su persecución; si no, se hace de quien lo ocupe.²⁷

En definitiva, como advierte Lombardi,²⁸ toda la cuestión gira en torno a conocer cuándo se entiende que el animal salvaje *sub custodia* recobra su libertad natural. La cuestión no tiene demasiada importancia cuando el propietario recobra el animal, o éste huye definitivamente; aunque sí cobra relieve cuando, durante la huida, un tercero prende al animal adelantándose a su todavía propietario.

Veamos las fuentes:

En las Instituciones de Gayo II,67²⁹ el jurista nos presenta una alternativa: las *ferae bestiae* recuperan su libertad natural cuando han de-

saparecido a la vista *si oculos nostros effugerit*, o cuando, si bien se encuentran todavía a la vista *in conspectu nostro*, es difícil su persecución *difficilis sit persecutio*.

El primer planteamiento es claro, evidentemente se entiende que ni siquiera puede iniciarse su persecución³⁰ ya que el animal, según la solución que nos ofrece Gayo, ha huído definitivamente.

En cuanto a la segunda alternativa, con el término *conspectu*, que proviene de *conspicio* (mirar atentamente) se describe cuando encontrándose el animal a nuestra vista, son tales las circunstancias que, lógica y prácticamente, sería imposible su captura *difficilis sit persecutio*. Momento este en el que el enjambre saldrá definitivamente de la esfera de acción de su anterior propietario.

Cuando se pierde la capacidad dispositiva, reflejada en la ausencia del *animus revertendi*, el enjambre vuelve a ser considerado como una *ferae bestiae*, una *res nullius*, y como tal apropiable por el primero que lo ocupe.

Hasta aquí la precisa regulación romana. Ahora debemos advertir la influencia de estos conceptos en toda la normativa correspondiente al derecho intermedio y al derecho positivo actual; una muestra más de la esclarecedora e innegable influencia del ordenamiento jurídico romano en las posteriores codificaciones. Observemos la evolución normativa.

La regulación jurídica del enjambre, en su largo devenir histórico-jurídico, además de las fuentes ya citadas, se encuentra también recogida en la ley 1 Tít. VI lib. VIII del Fuero Juzgo,³¹ en la ley 17 del Tít. III Lib. IV del Fuero Real,³² así como en la ley 22 Tít. XX Lib. 8 de la Partida 3,³³ donde se nos vuelve a diseñar una normativa semejante a la ya perfilada en el Derecho Romano.

Detengámonos en la tercera Partida citada: «Abejas son como cosas salvajes. E por ende dezimos que si enxambre dellas pasare en arbol de aygun ome, que non puede dezir que son suyas, fasta que las encierre en colmena...» como la misma Partida nos indica que se perderá la disposición del enjambre cuando «si el enxambre de abejas bolare

de las colmenas de alguno ome, o se fuere; si el señor las perdiere, o fueren tan alongadas del que las non puede prender, nin seguir, pierde porende el señorío que auia sobre ellas, e ganalas quien quier que las prenda, o las encierre primeramente».

De aquí, que tanto el Fuero Real como las Partidas repitan invariablemente la normativa ya perfilada por los sutiles juristas romanos. La propiedad del enjambre se dispone aun cuando éste huya del colmenar y penetre en un fundo ajeno «mientras vayan en su seguimiento» según el Fuero Real, o bien «mientras no se les pierda de vista» según las Partidas. Es decir, una revisión de lo dispuesto en D. 41,1,5,4 o por Gayo en Inst. II,65.

Con posterioridad, el R.D.E. de 3 de mayo de 1834 en su art. 7, y la ley 10 de enero de 1879 en su art. 10, de acuerdo con la Ley de Acotamientos de 1813, vino a subordinar el derecho de persecución del propietario del enjambre al del propietario del terreno, para perseguirlo y aprehenderlo. Matización que se presentará como básica en la posterior redacción del art. 612 de nuestro actual Código Civil.

Veamos ahora el derecho sustantivo actual.

En nuestro C.c., a tenor del art. 334, la colmena tiene el régimen correspondiente a una cosa inmueble, de acuerdo con la doctrina de la ficción, que admite la inmovilización de bienes muebles a un fundo en razón de su accesoriidad respecto al servicio primordial encomendado al inmueble.³⁴

El enjambre además, cuando aún no se ha convertido en colmena, tiene una consideración jurídica de animal salvaje, y como tal su propiedad se adquiere por la ocupación.

Como sabemos los artículos 610 y siguientes son los que nuestro Código dispone para la ocupación.

En este sentido, se orienta la redacción, no del todo feliz del artículo 612.³⁵ Observamos su orientación.

En el primer párrafo se indica que el propietario de un enjambre de abejas, tendrá derecho a perseguirlo sobre fundo ajeno, indemnizando

al poseedor de este por el daño causado en la persecución.³⁶ Puntualizando «si estuviese cercado, necesitará el consentimiento del dueño para penetrar en él». Detengámonos en su contenido sustancial.

En verdad, como nos indica Scaevola,³⁷ se le permite al dueño del enjambre su persecución, manteniendo temporalmente su dominio jurídico, aunque si durante la misma el aún propietario se encuentra con un fundo cercado —y debemos entender por cercado, a tenor del artículo 602 C.c.,³⁸ el fundo no simplemente limitado sino el cerrado por coto, tapia o valle— deberá solicitar el permiso del propietario, del poseedor o del arrendatario en su caso, para entrar en él y, en consecuencia, indemnizarle por el daño causado con motivo de la persecución. Permiso que ya contemplaban extensamente las fuentes romanas en D.8, 3, 16 o en C.3, 34,11.

Advertir sin embargo que así como ni los mismos y prácticos apicultores pueden, en la mayoría de los casos, justificar qué enjambre salió de sus colmenas, mucho menos podrán asegurar que el enjambre que persiguen es el suyo. Aun así, prescindiendo de estos reparos, llegado el perseguidor del enjambre a una finca cercada, ¿cómo se puede asegurar que el enjambre espere a que el dueño del predio otorgue el necesario permiso? ¿y si éste no lo concede?

Entonces, se despojaría al que, según la ley, es dueño del enjambre, que deja de serlo por la simple voluntad del propietario poco amable, en cuyo caso, y a tenor del art. 613, las abejas pasan a la misma categoría jurídica de las palomas o los peces.³⁹

Muy en su punto el C.c. habla de la indemnización del apicultor al dueño del fundo, aunque nada dice del perjuicio que el propietario ausente o hermético causa al apicultor, que pierde una potestad que el mismo código previamente le había concedido.

En este sentido, se apunta la posibilidad, que si el poseedor de la heredad cercada no otorga al dueño del enjambre el correspondiente consentimiento, éste puede, aunque el código nada dice a este respecto, solicitar el auxilio del Juez Municipal o del Alcalde, ya que de otro modo vendría a concederse al dueño del predio un derecho que el código

no le reconoce, al tiempo que se le priva de efectividad real al específico supuesto contemplado en el artículo.

Solución aún así de un carácter más teórico que real, ya que si bien podría ser útil para justificar el inicio y la continuidad de la persecución, en la práctica es obvio que será difícil que el enjambre aguarde el plazo de tiempo regular para la tramitación del incidente. Su valor debe ser únicamente considerado a efectos probatorios. El Derecho Romano, a tenor de D.41,1,5,4, siempre eficaz en su casuística, prescindió, por evidentes razones prácticas, de esta incomprensible restricción.

Veamos ahora el segundo párrafo del artículo 612:

«Cuando el propietario no haya perseguido, o cese de perseguir el enjambre dos días consecutivos, podrá el poseedor de la finca ocuparlo o retenerlo.»

Desde aquí debemos advertir que la redacción de este segundo párrafo no es muy atinada, sobre todo en el empleo de los dos últimos verbos unidos por una conjunción disyuntiva.

Si el espíritu del precepto es que mientras que dure la persecución no se puede considerar al enjambre como una *res nullius*, apropiable por ocupación, y que cesada la persecución dos días, o pasados estos sin iniciarse, este hecho produce el abandono del enjambre y su cualidad de *res nullius*, bastaría que el código hubiera dicho que no podía ser ocupado, sin necesidad de incluir la expresión «o retenerlo». Expresión que sólo puede proceder de la equívoca traducción del artículo 713 del antiguo código italiano,⁴⁰ que como sabemos a su vez procede del art. 384 del código austríaco.⁴¹

Aun así, prescindiendo de todas estas matizaciones, la novedad más interesante que incorpora el código es que vino a concretar la persecución en un plazo temporal delimitado. Se opta por un plazo de tiempo determinado aleatoriamente —dos días—, frente a lo que los romanos consideraban «perder de vista» en D.41,1,5,2 o «de difícil persecución» de Gayo en Inst. II,65.

Se pierde el dominio sobre el enjambre cuando el dueño no lo persigue en su huída, o interrumpe esta durante el plazo de dos días consecutivos.

Solución que, frente a la romana, plantea en la práctica graves inconvenientes jurídicos y evidentes problemas prácticos, pues sabemos que el dueño de un fundo no adquiere la propiedad de las abejas por el solo hecho de que se posen en un árbol de su propiedad, sino que será preciso que las encierre en una colmena o retenga de alguna otra forma, conservando el enjambre hasta entonces lo que los romanos consideraban la *naturalis libertas*; supuesto que ya había sido expuesto ampliamente y acertadamente por Gayo en D.41,1,5,2.

Quizás lo que resulta más dudoso en el tema de la ocupación del enjambre es la determinación de cuando resulta lícita dicha *occupatio*. Nuestro legislador más que contemplar el enjambre fugitivo que es encontrado, observó simplemente el enjambre fugitivo perdido. De aquí que el poseedor del fundo, y más todavía un tercero,⁴² no podrán casi nunca saber, al encontrar un enjambre vacante, si acaba de abandonar la colmena o si hace muchos días que lo hizo; ni si quiera el dueño del enjambre podrá reconocer como suyo el enjambre cuya fuga no presenció.

Según esto, parece tan difícil que se pueda negar genéricamente la ocupación del enjambre antes del transcurso de los dos días de no persecución, como afirmar que esta ocupación constituiría hurto, salvo, acaso, en los supuestos en los que el ocupante conociese expresamente que el enjambre se había escapado hace menos de dos días. Como sabemos la casuística siempre nos ofrecería interminables supuestos similares.

Finalmente, a tenor del art. 613, puntualizar que no se adquirirán los enjambres a los que el ocupante hubiere incitado previamente a huir de sus colmenas mediante algún artificio o fraude.⁴³

En realidad subyace, aunque de forma equivocadamente matizada, el principio romano ampliamente expuesto en D.41, 1, 3, 2, donde Gayo nos indicaba que los animales salvajes son nuestros en tanto los tengamos a nuestra disposición, saliendo de nuestro poder —*evaserit cus-*

todiam nostram—, recuperan la *naturalis libertas* y se hacen otra vez de quien los ocupe. Criterio que probablemente se manifiesta, en su sencilla y práctica estructura, más lógico y eficaz que el diseñado por nuestro actual Código.

NOTAS:

1. Debemos advertir que también se pueden localizar estudiosos que ponen en tela de juicio la autoría de Gayo en estos *Libri rerum cottidianarum*, fundamentalmente en razón a interpretaciones filológicas, aun así creemos que la doctrina que sustenta la autoría gayana, además de ser la de más amplia difusión, se encuentra suficientemente justificada por las fuentes tanto formal como sustancialmente.
2. DE FRANCISCI. *Intorno all'acquisto per occupazione delle res hostium*, Atti R. Ist. Veneto, 82 (1923) pág. 967 ss. En verdad la única clasificación que encontramos es aquella que esta recogida por las Instituciones de Gayo y las de Justiniano (Gayo II, 65, 66, 69, 70, 73, 77 y 79; J. II, 1, 2, y D. 41, 1, 1pr.) entre los modos de adquisición *ius naturale* y *ius civile*. Donde se encuadra la Ocupación como una de las formas de adquirir procedente del *ius naturale*.
3. Aunque el término *occupatio*, como indica KASER, no tiene base real en la terminología de las fuentes, sólo lo podemos encontrar en Cicerón *De officiis* lib. I, 7, sin embargo, éstas emplean con frecuencia el término *occupare*, al tiempo que la jurisprudencia la consideraba un modo de adquisición *iure gentium* —como resulta fácil concluir de D. 41, 1, 1pr. o en Inst. II, 1, 11.
4. VOCI. *Modi di acquisto della proprietà* II Milán (1952). Será de tal manera así, que en el procedimiento más antiguo de las *legis actio sacramento in rem* la afirmación solemne de la propiedad, que realiza delante del magistrado, se configuraba en la misma forma simbólica de la *occupatio bellica*.
5. Gayo Inst. IV, 16 *Si in rem agebatur, ... Fastuca autem utebantur quasi hastae loco, signo quodam iusti dominii, quando iusto dominio ea maxime sua esse credebant quae ex hostibus cepissent; unde in centumviralibus iudiciis hasta proponitur.*
6. VOLTERRA. *Istituzioni di Diritto Privato Romano* pág. 331, Roma, 1986.
7. VOLTERRA. *Opus. cit.* pág. 330. En la ocupación, para este autor, apenas tiene lugar el acto de aprehensión de la *res nullius*, con la intención de hacerla propia, se consuma la adquisición de la propiedad sobre la cosa, sin que exista ningún período intermedio en el que el sujeto tenga sólo la simple posesión de la res.
8. Efectivamente, se discute en la doctrina si las *res derelictae* pueden llegar a constituir un caso de *occupatio*, concluyéndose, de forma generalizada, que no se puede considerar que

este tipo de *res* pueden ser susceptible de ser adquiridas por ocupación, sino que constituirían un caso de *traditio in incertam personam*.

9. En realidad todavía no se ha llegado a una decisión unánime, encontrándonos autores que realizan una plena identificación entre *res nullius* y *res ocupable*, junto a otros, creemos más acertados, que observan una clara distinción entre aquellas *res nullius* susceptibles de *occupatio* y las que no admiten tal modo de adquisición.
10. VOCI. *Opus. cit.* pág. 218.
11. BONFANTE. *La derelizione e l'apprensione delle cose derelitte* Scritti II (Turín, 1818), págs. 357 y ss.
12. SILVIO ROMANO. *L'occupazione delle res derelictae* Studi sulla derelizione nel Diritto Romano (Padua, 1933), págs. 17 y ss.
13. LOMBARDI. *Liberta di caccia e propieta privata in diritto romano* BIDR, 53-54 (1948), págs. 275 y ss.
14. Ciertamente quizás sea excesivo, desde un punto de vista exclusivamente filosófico, el atribuir a los animales, seres evidentemente carentes de raciocinio, la capacidad del *animus* como una manifestación libre y racional de voluntad, mientras que creemos más idóneo el término *habitus* para indicar ese comportamiento reflejo que, más que nacer de un análisis racional de una alternativa, se basa en las leyes naturales que informan un comportamiento.
15. LOMBARDI. *Liberta di caccia e propieta privata in Diritto Romano* BIDR, 53-54 (1948), págs. 275 y ss.
16. Como nos indica MONTFAUCON, *Antiq. expl.* vol. I, pág. 204.
17. Según describe un exhaustivo estudio de DONALDSON, *Pompei.* vol. II, pág. 75.
18. D.6,1,5,1 *Idem scribit, si ex melle meo, vino tuo factum sit mulsum, quosdam existimasse, id quoque communicari; sed puto verius, ut et ipse significat, eius potius esse, qui fecit, quoniam suam speciem pristinam non continet.*
19. Como nos recuerda, siempre acertado en sus observaciones ORTEGA CARRILLO DE ALBORNOZ, LAS FERAE BESTIAE EN EL DERECHO ROMANO, EN EL CÓDIGO CIVIL Y EN LA LEY DE CAZA DE 1970 en *Cuadernos informativos de derecho histórico público, procesal y de la navegación...*, pág. 485 y ss.).
Mosaicarum et romanarum legum collatio 12, 7, 10: *Item Celsus libro XXVII digestorum scribit: si, cum apes meae ad tuas advolassent, tu eas exusseris, quosdam negare competer legis Aquilliae actionem, inter quos el Peocuium, quasi apes domini mei non fuerint. Sed id falsum esse Celsus ait, cum apes revenire soleant et fructui mihi sint. Sed Proculus eo movetur, quod nec mansuetae nec ita clausae fuerint, Ipse autem Celsus ait nihil inter has et columbas interesse, quae, su manum refugiunt, domitamen fugiunt.*
20. D.41, 2,16 *Quidam recte putant, columbas quoque, quae ab aedificiis nostis volant, item apes, quae ex leis nostis evolant, et secundum consuetudinem redeunt, a nobis possideri.*

21. D.47, 2, 26 *Si apes ferae in arbore fundi tui apes fecerint, si quis eas, vel favum abstulerit, eum non teneri tibi furti, quia non fuerint tuae; easque constat captarum terra, mari, coelo numero esse.*
1.—Item vonstat, colonum, qui numis colat, cum eo, qui fructus stantes surripuerit, acturum furti, quia, ut primum decerptus esset, eius esse coepisset.
22. D.9, 2, 27, 12 *Si, quum apes meae ad tuas advolassent, tu eas exusseris, legis Aquilae actionem competer Celsus ait.*
23. D.10, 2, 8.1 Pomponius ait, columbas, quae emitti solent de columbario, venire in familiae erciscundae iudicium, quum nostrae sint tamdiu, quamdiu consuetudinem habeant ad nos revertendi; quare si quis eas apprehendisset, furti nobis competit actio. Idem et in api-bus dicitur, quia in patrimonio nostro computantur.
24. SCIALOJA. *Teoria della proprieta in Diritto Romano* Roma (1928) vol. II, pág. 30. Justiniano lo redactaba de forma distinta, dándole un alcance más general, en Inst. 2,1,14 donde se lee *quilibet eximere potest.*
25. D.41, 2, 3, 16 *Quidam recte putant, columbas quoque, quae ab aedificiis nostis volant, item apes, quae ex alveis nostis evolant, et secundum consuetudinem redeunt, a nobis possideri.*
26. D.41, 1, 5 pr. *Naturalem autem libertatem recipere intelligitur, quum vel oculos nostrosefugerit, vel ita sit in conspectu nostro, ut difficilis sit eius persecutio.*
27. D.41,5,4 *Examen, quod ex alveo nostro evolaverit, eousque nostrum esse intelligitur, donec in conspectu nostro est, nec difficilis eius persecutio est; alioquin occupantis fit.*
28. LOMBARDI. *Opus. cit.*, págs. 283 y ss.
29. Gayo II, 67 *Itaque si feram bestiam aut volucrem aut piscem... captum... eo usquem nostrum eses intellegitur, donec nostra custodia coerceatur; cumvero custodiam nostram evaserit et en naturalem libertatem se receperit, rursus occupantis fit, quia nostrum esse desinit: naturalem autem libertatem recipere videtur, cum aut oculos nostros evaserit, aut licet in conspectu sit nostro, difficilis tamen eius persecutio sit.*
30. Distinto supuesto se plantea en D. 41,1,5,1, del mismo Gayo, donde si cabe la persecución, pues se habla de un animal herido que no estaba en cautividad: *Illud quaesitum est, an fera bestia, quae ita vulnerata sit. ut cappi possit. statim nostram esse intellegatur. Trebatio placuit statum nostram esse et eo usque nostram vider, donec eam persequamur. quod si desierimus eam persequi, desinere nostram esse et rursus fieri occupantis: itaque si per hoc tempus, quo eam persequimur. alius eam ceperis eo animo, ut ipse sucrificeret, futum videri nobis cum commisisse. Plerique non aliter putaverunt eam nostram esse, quam si eam ceperimus. quia multa accidere possunt. ut eam non capiamus: quod verius est.*
El texto es reproducido en las Instituciones de Justiniano II,1,13:
Illus quaesitum est, an, si fera bestia ita vulnerata sit, ut capi possit, statim tua esse intellegatur. Quibusdam placuit statim tuam esse et eo usque tuam videri, donec eam persequaris, quodsi desieris persequi desinere tuam esse et rursus fieri occupantis. Alii non aliter putaverunt tuam esset. quam si ceperis. Sed posteriorem sententiam nos confirmamus. quia multa accidre solent. ut eam non capias.

31. «Si algun omme falla abeias aienas en su monte o en piedras, o en su arbol, faga tres corchos, que por el un corcho no pueden facer engannor: si alguno hiciera contra esto que nos decimos e crebantare sennal aiena, pechelo en duplo al que fizozo el enganno e demas reciba X azotes.»
32. «Maguer abejas que enjambren suben en arbol de alguno: si otro las tomare, e las encerrare ante que el dueño del arbol las pueda haber maguer que en el arbol faga enjambre; pero el señor del árbol pueda defender a todo hombre que no entre en lo suyo ante que las abejas sean presas y encerradas: fueras al señor de cuya colmena salieron las abejas viniendo en por ellas: ca este mientras va tras sus abejas por las cobrar, no pierde el derecho que enllas habie. Y eso mismo mandamos que si pavones, o ciervos, o otras aves, o bestias que son bravas por natura, fuyeren en manera que sean en su salvo: mandamos que se las haya quien las tomare, si el señor cuyas fueren no va en por ellas: mas si gallinas, o enseres, o otras cosas que no son bravas de natura, fuyeren a su señor, hayalas su señor quando quier que las falle.»
33. «Abejas son como cosas salvajes. E por ende dezimos que si enxambre dellas posare en arbol de aygun ome, que non puede dezir que son suyas, fasta que las encierre en colmena, o en otra cosa; bien assi como non puede dezir que son suyas las aves ue possassen y, fasta que las prisiessse. Esso mismo dezimos que seria de los suyos, en cuando estouissen y, fasta que los tome ende, a los lleve. Ca si acaessciesse, que viniessse otro alguno, e los leuassse ende, serian suyos; fueras ende, si estouiesse el delante quando los quiesse leauar, e gelo defendies. Otrosi dezimos, que se el enxambre de las abejas bolare de las colmenas de alguno ome, o se fuere; si el señor dellas las perdiere de vista, o fueren tan alongadas del que las non puede prender, nin seguir, pierde porende el Señorío que auia sobre ellas, e ganalas quien quier que las prenda, e las encierre primeramente.»
34. Lo cierto es que así como la consideración de la abeja ante el legislador no aparece definida, tampoco está justificada la calificación del art. 334 al considerar, en todos los supuestos las colmenas como bienes inmuebles. Prescindiendo del desacuerdo de la Ley con la práctica Apicultura moderna, que precisamente se llama «movilista» por la facilidad de movilización, aun con la técnica antigua está en desacuerdo nuestro Código civil, pues no debió ignorar que existían los «hornos», los «yacientes», los «peones» y los «tocones». Los «hornos» eran, y son, pues se conservan muchos, «edificios» en los que, a modo de columbarios romanos, se disponían nichos, constituyendo cada uno la habitación de un enjambre o colonia. Estos hornos, bien clasificados, están entre los bienes inmuebles, no así los peones o tocones, prismas de madera, cilindros de caña, esparto o barro, troncos o tocones de árboles ahuecados, que «peones» se llamaban si estaban de pie y «jacentes» (de jaceo) si echados, y se utilizaban en la Apicultura trashumante, que aún se practica, y que cumplía y cumple el clásico aforismo: «Si quieres miel y cera, llévame caballera». No hay razón, por tanto, para considerar invariablemente las «colmenas» como inmuebles, aunque en algunos casos pueda serlo «el colmenar», que evidentemente no es lo mismo. Con finalidad de ampliar estas matizaciones léase el minucioso trabajo de LINÁN Y HEREDIA *La abeja en el Derecho* R.C.D.I. (1926), págs. 318 y ss.
35. El propietario de un enjambre de abejas tendrá derecho a perseguirlo sobre el fundo ajeno, indemnizando al poseedor de este el daño causado. Si estuviere cercado, necesitará el consentimiento del dueño para penetrar en él.

Cuando el propietario no haya perseguido, o cese de perseguir el enjambre dos días consecutivos, podrá el poseedor de la finca ocuparlo o retenerlo.

El propietario de animales amansados podrá también reclamarlos dentro de veinte días, a contar desde su ocupación por otro. Pasado este término, pertenecerán al que los haya cogido y conservado.

36. Para interpretar el término persecución se debe partir del mundo romano, de aquella costumbre romana de acompañar esa persecución con la música más extraordinaria, verdadera orquesta campesina de cacerolas, aperos y otros instrumentos no menos pintorescos. Origen que nos ofrece BILLIARD «La apicultura en la antigüedad», y como hemos recordado, basada toda o casi toda la legislación actual en el derecho romano, y siendo este detallista y minucioso, exigirá la prueba de la persecución, dada por el estrépito de los perseguidores, y por ende así evitaban que otro, que también viese el enjambre, que siempre ha de ir a más velocidad que la alcanzada por los que le siguen, se aproveche de esta favorable coyuntura.
37. SCAEVOLA. *Código Civil* t. XI, vol. I, pág. 367.
38. Art. 602 C.c. Si entre los vecinos de uno o más pueblos existiere comunidad de pastos, el propietario que cercare con tapia o seto una finca, la hará libre de la comunidad. Quedarán, sin embargo, subsistentes las demás servidumbres que sobre la misma estuviesen establecidas.
El propietario que cercare su finca conservará su derecho a la comunidad de pastos en las otras fincas no cercadas.
39. Art. 613 C.c. Las palomas, conejos y peces, que de su respectivo criadero pasaren a otro perteneciente a distinto dueño, serán propiedad de este, siempre que no hayan sido atraídos por medio de algún artificio o fraude.
40. Según este precepto (art. 713): «Ogno proprietario di sciami di api ha diritto d'inseguirli sul fondo altrui, ma deve risarcire il danno cagionato al possessore del fondo; quando il proprietario non li abbia entro due giorni inseguiti, od abbia cessato entro due giorni d'inseguirli, puo il possessore del fondo prenderli e ritenerli».
41. El art. 384 del ABGB, aunque calificando como domésticas a las bejas integrantes del enjambre huido encontrado, no se apartaba esencialmente de la solución romana tradicional, sustituyendo únicamente el criterio de conservación de la propiedad del enjambre mientras no se perdiera éste de vista, por el plazo de los dos días de no persecución. La versión italiana de este precepto del código austríaco establecía expresamente que «potra nel fondo pubblico chiunque, e nel fondo privato il proprietario del fondo stesso pigliarli e ritenerli».
42. Como nos advierte MOREU BALLALONGA. *Ocupación, hallazgo y tesoro*. BOSCH, Barcelona (1980), admitida la ocupabilidad por cualquiera del enjambre huido, hay que concluir que el reconocimiento al dueño del enjambre a perseguirlo en fundo ajeno tiene el sentido, sobre todo de afirmar, en cierta medida en contra de la tradición romana, la perduración por un cierto tiempo (dos días, al menos) de la propiedad sobre el enjambre huido no iniciado a perseguir aún o perseguido pero alejado (fuera de la vista...). Nada está en contra de consentir que un tercero pueda perseguir un enjambre huido, incluso penetrando en propiedad particular. Admitido esto, es innecesario afirmar que el poseedor de un fundo, que hubiera iniciado en el mismo la persecución de un enjambre huido de col-

mena ajena, tiene derecho a continuar persiguiéndolo en cualquier otro fundo, incluido el de procedencia del enjambre.

En este sentido, tanto el tercero como el dueño perseguidor, y tenga o no éxito su persecución, deberán indemnizar el daño causado al poseedor del fundo. Incluso si no se acepta que un tercer pueda penetrar en un fundo particular persiguiendo un enjambre, parecería excesivo negarle, en base a ello, la adquisición por ocupación del enjambre apresado. Esta solución sería, acaso, más defendible si la ocupación del enjambre la había realizado el tercero en terreno cercado y sin permiso del dueño o contra su expresa prohibición. En todo caso, la no adquisición por la realizada ocupación del tercero podría significar la adquisición por ocupación —no por accesión— del poseedor del fundo, por una rectificación de efectos de la ocupación, no en el «primer ocupante» ilícito, sino en quien estaba objetiva y normalmente abocado a realizar la ocupación. Cabría pensar también otras soluciones, menos probables, como que la ocupación ilícita del tercero no afectase a la propiedad todavía no extinguida del dueño del enjambre, que podría reclamarlo más allá de los veinte días siguientes al de la ocupación; o como que hubiera de ser decomisado el enjambre (arts. 22,2. y 50 de la Ley de Caza).

Si el dueño de un fundo cercado deniega al tercero el permiso solicitado para penetrar en él y continuar la persecución del enjambre, nada podrá éste frente a la negativa; aunque no es seguro, que una anterior y clandestina ocupación del enjambre no le diese la propiedad del mismo. En cambio, no podría dudarse sobre la plena eficacia, indemnizaciones aparte, de la aprehensión del enjambre en terreno cercado por el dueño perseguidor tardío sin permiso o contra expresa prohibición, si se presupone —lo que es dudoso— que el transcurso de los dos días de no persecución no convierte el enjambre en *res nullius*, sino que sigue siendo siempre, mientras no se ocupe, propiedad del dueño perdedor.

43. Interesante también la Ley 369 de la vigente Compilación navarra; «No se pueden instalar nuevas colmenas, “vasos de ventura” o artificios propios para captar enjambres, sino a la distancia de doscientos treinta y cinco metros, al menos, respecto de otra colmena ocupada o a finca habitada».

BIBLIOGRAFÍA

- ARNO. *Derelictio e iactus mercium navis levandae causa*, Atti Torino, 76 (1940-41), pág. 260 ss.
- BERGER. *In tema di derelizione*, BIDR, 32 (1922), pág. 131 ss.
- BIONDI. *Influssi cristiani sulla legislazione agraria romana*, en Atti convengno naz. di dir. agrario (Firenze, 1955).
- BONA. *Osservazioni sull'acquisto delle res hostium*, SDHI, 1958.
- BONFANTE. *La direlizione e l'aprensione delle cose derelitte*, Sritti, II (Torino, 1918), págs. 357 y ss.
- DAUBE. *Derelictio, occupatio and traditio*, LQR, 77 (1961), pág. 382 ss.
- DE DOMINICIS. *Innovations byzantines au régime postclássique des agri deserti*, Etudes Macqueron (Aix-en-Provence, 1970), pág. 245 ss.
- DE FRANCISCI DE LIÑÁN Y HEREDIA. *La abeja en el derecho*, RCDI (1926), pág. 318 y ss.
- FAURA. *Iusta causa et bonne fide*, Roma (1936).
- FRANCIOSI. *Res nullius e occupatio*. Atti Napoli 75 (1964), pág. 2 ss.
- GARCÍA GARRIDO. *Derecho a la caza y ous prohibendi*, AHDE, 26 (1956), pág. 269 ss.
- GAS. *Régimen jurídico del enjambre*, Revista jurídica de Cataluña (1952), pág. 127.
- HECK. *Occupatio*, ZDD, 84 (1967), pág. 355 ss.
- LOMBARDI. *Liberta di caccia e proprieta privata in diritto romano*, BIDR 53-54 (1948), pág. 275 ss.
- MEYER-COLLINGS. *Derelictio*, Erlangen (1932), pág. 612 y ss.
- MOREU BALLONGA. *Ocupación, hallazgo y tesoro*, BOSCH, Barcelona (1980).
- H. KRUGER. *Derelictio und usucapio*, Mnemosyna Pappulia (1934), pág. 156 ss.
- ORTEGA CARRILLO DE ALBORNOZ. *Las ferae bestiae en el derecho romano, en el código civil y en la ley de caza de 1970*, Cuadernos informativos de derecho histórico y público, pág. 485 y ss. Málaga, 1987.
- PESCANI. *Gaio nel suo temp*, Atti Simposio romanístico, Roma, pág. 97 ss.
- SCAEVOLA. *Código Civil*, t. XI, vol. I, pág. 376.
- SCIALOJA. *Teoría della proprietà in D. romano*, Roma (1928, vol. II, pág. 30).

SILVIO ROMANO. *L'occupazione delle res derelictae Studi sulla derelizione nel diritto romano*, Padua (1933), NNDI.

STROSETSKI. *Hermes*, 86 (1958), pág. 1 ss.

VOCI. *Corso di diritto romano Modi di acquisto della proprietà*, Milano (1952).

VOGEL. *Zur rechtl. Behandlung der rom. Kriegsgewinne*, ZSS, 56 (1948), pág. 121 ss.

WEISS. *Das willensmoment bei de occupatio des romischen Recht* (Marburg, 1955).